

SAGRADO

Universidad del Sagrado Corazón

Reflexión del Dr. Gabriel Paizy Damiani

Ascenso al rango de catedrático

Septiembre 2026

Miembros de la Junta de Síndicos, señor presidente, señora Provost, decanos, colegas de la facultad, familiares, amigos e invitados: muy buenas noches y gracias por acompañarme en esta ceremonia. Quiero dar un saludo muy especial a mis colegas con quienes hoy comparto este ascenso. Es un honor y un privilegio para mí celebrarlo junto a ustedes.

Hay una clásica pregunta filosófica que suelo plantearles a mis estudiantes y que esta noche voy a utilizar como pie forzado para mi argumentación. La pregunta es la siguiente. Si un árbol cae en medio de un bosque y no hay nadie allí para escucharlo, ¿ese árbol produce sonido, ruido?

Cuando el árbol cae, produce ondas, pero si esas ondas nunca llegan al oído de nadie, ¿hay sonido?

Piensen que ahora mismo este salón está lleno de ondas de radio: a nuestro alrededor circulan las ondas de La Mega, SaSoul, NotiUno, WKAQ. Están aquí, pero no las escuchamos porque necesitamos un receptor que las capte. Ese es mi punto: para que haya comunicación no basta con que haya un emisor; es más importante aún que haya un receptor. Algunos filósofos sostienen que para que algo sea, para que algo exista, debe poder ser percibido; por el contrario, si algo no es percibido, es como si no existiera. ¿De qué nos sirve un mensaje que nadie lea ni escuche?

Hoy estamos convocados, los que ascendemos al rango de catedráticos, a reaccionar ante el nuevo giro de nuestra institución hacia una universidad no solo de enseñanza, sino también de investigación, en el marco de una misión que busca educar a personas dispuestas a construir una comunidad solidaria en la justicia y la paz. Ante esto, voy a proponerles un modelo que no se limite a ser una universidad de enseñanza e investigación. Que vaya un paso más allá. Porque si pretendemos producir un conocimiento que podría ser útil a alguien y nunca logramos que llegue a esa persona, ¿hemos terminado realmente nuestro trabajo? Si lo llevamos a la analogía del árbol, si nadie llega a conocer una investigación, ¿existe?

Recuerdo los años en que dirigía tesis de maestría. Los estudiantes dedicaban meses a investigar, recopilar información, analizar resultados, redactar conclusiones y defender su trabajo. Después de todo aquel esfuerzo, la tesis terminaba escondida para siempre en alguna esquina de la biblioteca y allí se quedaba. Los estudiantes habían logrado un trámite para obtener un grado académico y punto final. No porque la investigación fuera mala. Lo que no siempre nos preguntábamos era qué pasaría con ese conocimiento después.

Es curioso que, mientras veía ocurrir eso como profesor y director de tesis, como investigador, yo estudiaba precisamente el poder de la comunicación. Gran parte de mi investigación ha girado en torno a cómo los medios construyen significados sobre los acontecimientos y los protagonistas de nuestra historia. Mi tesis doctoral estudió cómo los periódicos *El Mundo*, *El Imparcial* y *The New York Times* representaron al nacionalismo puertorriqueño entre 1947 y 1954, construyendo, mediante las palabras, una imagen de los nacionalistas como locos, criminales y sediciosos. Posteriormente estudié cómo la prensa española y estadounidense representó a los puertorriqueños durante la invasión y el cambio de soberanía de 1898. Desde España éramos cobardes, traidores y malagradecidos; desde Estados Unidos, puertorriqueños dispuestos a recibir y colaborar con los invasores. El mismo comportamiento era interpretado por un imperio como traición y por el otro como lealtad.

Aunque estas investigaciones estudian momentos históricos distintos, parten de una misma inquietud: ¿cómo se construye Puerto Rico a través de las palabras? Me ha interesado estudiar quién tiene el poder de nombrarnos, de describirnos y de contar nuestra historia; qué imágenes de los puertorriqueños se construyen a partir de esos discursos y cómo esas representaciones terminan influyendo en la manera en que otros nos ven y, en ocasiones, en cómo nosotros mismos nos vemos. En esos trabajos me baso en una idea de Stuart Hall: las palabras no se limitan a reflejar la realidad, sino que mediante ellas somos capaces de construir significado.

Durante años, entonces, he investigado qué ocurre cuando nos comunicamos. Pero últimamente también me interesa la pregunta anterior: ¿qué ocurre cuando no comunicamos? Porque antes de preguntarnos qué significado puede tener una investigación para quienes la reciben, hay una pregunta aún más elemental: ¿conseguimos que alguien la reciba? Al fin y al cabo, investigar consiste muchas veces en descubrir algo que estaba ahí, pero que todavía no habíamos logrado ver. La verdad es que comunicar la investigación consiste en lograr que otros también puedan verla.

Hace unas semanas, durante una de mis caminatas mañaneras, escuché un episodio del podcast *Filosofía de Bolsillo* (que, de paso, se lo recomiendo) y

conocí una historia que me pareció fascinante. Estos son unos zapatos pintados por Vincent van Gogh. Sencillamente, dos zapatos viejos y gastados. Sin embargo, el filósofo Martin Heidegger se detuvo ante esta pintura y vio mucho más: vio el trabajo, la miseria, la incertidumbre, la lucha cotidiana por sobrevivir. Le interesó todo aquel mundo que nuestros ojos no podían ver directamente, pero que estaba contenido en esos zapatos. Mientras escuchaba aquella historia pensé que, en cierto sentido, investigar consiste también en eso: en hacer visible algo que antes permanecía oculto. Pero una vez que lo hemos hecho visible para nosotros mismos, ¿cómo lo hacemos visible para los demás?

Estamos construyendo una universidad de enseñanza e investigación. Yo quisiera añadir un tercer elemento (en comunicación, los grupos de tres siempre funcionan muy bien). Propongo que pensemos en nuestro propio modelo como una universidad de enseñanza, investigación... y comunicación. La investigación produce conocimiento, la enseñanza forma personas a partir del conocimiento y la comunicación permite que ese conocimiento encuentre receptores más allá de los límites de la Universidad.

Permítanme llevarlos de lo abstracto a lo concreto mediante un recorrido rápido por nuestras escuelas. Desde Estudios Generales, una investigación histórica también podría convertirse en material para maestros o en un pódcast. Desde Negocios, un estudio sobre hábitos de consumo podría convertirse en información útil para pequeños comerciantes. Desde Salud y Ciencias, una investigación sobre la calidad del agua podría traducirse en materiales educativos para las comunidades. Desde Artes, Diseño e Industrias Creativas, una investigación sobre técnicas artesanales en vías de desaparecer podría convertirse en un archivo digital o en un documental. Y desde Comunicación, una investigación sobre cómo los jóvenes se informan en las redes sociales podría convertirse en talleres para escuelas o en una campaña de servicio público.

Cinco escuelas, con líneas de investigación muy diferentes, pero que formulan una misma pregunta: ¿Quién necesita saber lo que descubrimos y cómo logramos que esa persona lo sepa?

Y aquí es que hace su entrada triunfal nuestra hermosa y maravillosa Escuela de Comunicación, que este año celebra 45 años formando profesionales en Periodismo, Comunicación Estratégica y Producción Audiovisual. No estoy proponiendo necesariamente que nuestros científicos se conviertan en periodistas ni que nuestros músicos sean productores audiovisuales. Lo que propongo es que creemos oportunidades para que trabajen juntos.

Imaginen a una profesora de ciencias que termina una investigación. Un estudiante de periodismo encuentra la historia y formula preguntas. Uno de Comunicación Estratégica identifica a las audiencias para poder llegar a ellas. Y uno de Producción Audiovisual encuentra la mejor manera de contarla (el famoso 'storytelling'). Ahí veo proyectos como Entremedios, Elemento360, Multimedios y la Unidad Telerradial tomando un rol protagónico. La profesora investigó, nuestros estudiantes aprendieron de esa investigación y el conocimiento encontró receptores más allá de la universidad. Investigación... Enseñanza... Comunicación.

Ahora bien, para que esto no dependa de encuentros fortuitos o de la iniciativa individual de algún profesor, necesitamos crear, desde la academia, un andamiaje que lo facilite. Eso requiere que identifiquemos investigaciones con potencial de divulgación, conectemos a investigadores con profesores y estudiantes de Comunicación y ayudemos a convertir los hallazgos en contenidos capaces de llegar a distintos públicos. No pretendo definir esta noche cómo debe ser esa estructura. Eso requerirá otra conversación. Pero sí creo que si aspiramos a incorporar la comunicación a nuestro modelo de universidad, tenemos que crear las condiciones para que ocurra.

Cuando se relanzó nuestra Escuela de Comunicación hace unos años, mencionamos tres palabras que uso constantemente en mis clases: un buen comunicador debe conectar, impactar y transformar. Hoy pienso que aquellas tres palabras encerraban una posibilidad mayor: que la experiencia acumulada durante 45 años por nuestra Escuela ayude al conocimiento que produce Sagrado a conectar, impactar y, cuando sea posible, transformar a las personas. Después de todo, durante años hemos dicho (con la modestia que siempre nos ha caracterizado) que tenemos la mejor Escuela de Comunicación de Puerto Rico, del Caribe... y del universo.

Pues quizás ha llegado el momento de poner esa experiencia al servicio de toda la Universidad. No solo investiguemos la comunicación, sino que también comuniquemos la investigación. Y hay una razón todavía más importante. Nuestra misión comienza diciendo «educar personas». No dice educar a estudiantes; dice personas. Si es así, nuestra responsabilidad educativa no tiene por qué terminar en la puerta del salón de clases. La comunicación puede ayudarnos a llevar el conocimiento que producimos a personas que quizás nunca estudien aquí. Esa ha sido, de hecho, parte de la misión de mi proyecto *En Buen Español*: acercar el conocimiento sobre nuestro idioma a personas que quizás nunca abrierán un libro de lingüística. En otras palabras, poner el conocimiento a conversar con Puerto Rico.

Y permítanme, antes de terminar, decir algo desde un lugar menos académico y mucho más personal. Llevo 36 años en Sagrado. Llegué como

estudiante, a los 21 años, a la joven maestría en Relaciones Públicas, con el pelo largo y mi maquinilla Olivetti portátil. Después, fui profesor a tiempo parcial en el Departamento de Comunicación y en la división de Educación Continua. Aquí conocí a quien hoy es mi esposa, Mirté. De ese amor salieron cuatro hijos, tres de los cuales estudiaron en Sagrado (Sebastián, Alejandro y Mauricio) y, el año que viene, mi pequeña Marianita del Amor será la cuarta en caminar por sus pasillos. No saben el orgullo que esto me da. Después vinieron los puestos administrativos, Middle States, huracanes, terremotos, una pandemia y un nuevo proyecto académico que construir. Y ahora he vuelto de lleno al lugar donde me siento más feliz: el salón de clases.

Sagrado es mi vida. Cuando miro esos 36 años, lo primero que me viene a la mente no son los puestos que he ocupado sino en las personas que me han acompañado, en los profesores que me enseñaron, en los colegas que se convirtieron en amigos, en los miles de estudiantes, en mi familia, en mis amigos. Personas que confiaron en mí, me corrigieron y me acompañaron. Algunos están hoy aquí; otros ya no pueden estarlo. Pero son las personas. Eso es lo que vale. Y quizás por eso nuestra Misión resuena tanto en mí: Educar a las personas...

Al principio les hablé de la analogía del árbol. No sé si esta noche vamos a resolver ese viejo dilema filosófico. Pero sí creo que nos deja una buena reflexión para esta nueva etapa de la historia de Sagrado. Hoy estamos construyendo una universidad que enseña e investiga. Yo quisiera invitarnos a añadirle una tercera dimensión diferenciadora: una universidad que comunica lo que enseña e investiga.

Como dice la frase de campaña de nuestra escuela: "Dale volumen a tu voz". Pues démosle volumen a nuestras investigaciones. Para que sean percibidas... para que existan... para cumplir con nuestra misión... para asegurarnos de que los árboles de nuestro bosque conecten, impacten y transformen.

¡Hagamos ruido!

Muchas gracias.